

Un grupo de valientes resurge de las llamas del pasado para guiar a un piloto siniestrado a través de las fauces de la muerte.

CUANDO el capitán de la RAF Kermit Carey salió del hospital, los rayos oblicuos del sol poniente ya caían sobre las calles de Londres y largas sombras se extendían desde las casas.

Pero Carey no vio esas sombras. Lo perseguía implacablemente la misma imagen: una cabeza vendada y las manos envueltas en gasas de la misma manera, similares a enormes guantes de boxeo. Y también el hedor a antiséptico, espesos vapores de éter y, encima de todo, un sutil olor a sufrimiento.

No podía borrar de su cerebro aquella voz balbuceante que salía de los labios hinchados entre las vendas, el tanteo inútil y cegado de esas manos torpes.

Pero más que eso, no podía olvidar el resentimiento a medias, la vergüenza a medias que había percibido en la figura que yacía en la habitación. Resentimiento porque él, Kermit Cary, se hubiera atrevido a venir. Vergüenza, la vergüenza de un hombre desprovisto de capacidades físicas.

Cary sacudió la cabeza, tratando de alejar las cosas que permanecían allí, pero se negaban a marcharse. Tal vez no debería haber ido. Tal vez debería haber olvidado a Reggie, del mismo modo que se había obligado a olvidar a todos los demás. Los otros estaban muertos y Reggie seguía vivo, pero...

Se obligó a decirlo. Reggie habría estado mejor muerto. Reggie ya estaba muerto en lo que se refería a las cosas que valía la pena hacer, a las cosas que valía la pena pensar. Cary se estremeció al pensar en lo que podría haber detrás de aquellas vendas protectoras.

A un hombre al que sacan de un avión en llamas no suele quedarle mucho por lo que vivir. La gente, se dijo Kermit Cary, no debería sacar a los hombres de aviones en llamas.

Aceleró el paso, buscando un taxi o vehículo militar que lo llevara al aeródromo. Pero no había taxis, y los camiones del ejército que se abrían paso por las calles llenas de gente estaban repletos.

Probablemente había hecho mal en ir a ver a Reggie. Si no hubiera ido, Reggie habría

entendido que estaba ocupado. Un mensaje también habría servido. Pero, no, había tenido que ir...

Porque él y Reggie eran los únicos que quedaban, los dos últimos hombres del escuadrón de caza número seis. El "Yanki Loco", le habían llamado en aquellos días, pero ya no. Para estos jóvenes que habían ocupado los puestos de aquellos otros, era simplemente "Cary". Eran respetuosos, incluso un poco distantes, y le observaban demasiado.

Cary sabía por qué le observaban. Había captado retazos de conversación cuando de repente entró en el comedor.

—¿Cuánto tiempo podrá aguantar Cary? Aunque un hombre fuera de acero...

Cosas por el estilo. Preguntándose cuándo se derrumbaría. Cuánto tiempo aguantaría su suerte. Cuánto tiempo aguantaría.

Por supuesto, adivinaron un poco. Pero no podían adivinarlo todo. No sabían cómo se sentía ser el último superviviente del escuadrón original. No sabían lo que se sentía al ver a los otros caer, uno por uno.

O'Malley sobre Dunkerque. Smythe y Chittenden ardiendo como antorchas en el cielo sobre Dover. El Teniente de Vuelo Welsh gritando en el Támesis. No sabían lo que era ver caras nuevas ocupando los lugares de las viejas, oír voces nuevas donde se habían escuchado las viejas.

Y, sobre todo, no podían adivinar el terror atormentador que debía sentir el último hombre del escuadrón. Las noches negras en las que se preguntaba si él mismo no habría sido la maldición que había enviado a los demás en picado hacia la muerte. La sensación de saber que la suerte se está acabando. Que uno vive literalmente de prestado...

Los frenos chirriaron junto a Cary.

—¿Quieres que te lleve? dijo una voz.

Cary cobró vida de repente.

—Pues sí.

—¿A dónde?

Cary se lo dijo.

—Te dejaré justo en frente —dijo el hombre.

CARY estudió al conductor. Obviamente era un empleado de algún tipo. Vestía con pulcritud pero no demasiado bien, era un poco mayor. Canas en las sienes. El cuello del abrigo un poco desgastado y los puños de la camisa ligeramente deshilachados.

Podía imaginarse al hombre en su casa antes de que llegaran los bombarderos. Una pequeña casa de su propiedad con un jardín de flores. Probablemente rosas. Sí, decidió Cary, serían rosas.

—Tengo que darme prisa —dijo el hombre—. Voy a llevar a la vieja y a los niños al campo otra vez esta noche.

Cary asintió.

—Puede que sea lo más prudente.

—Es un poco difícil dormir —dijo el hombre—, pero nos las arreglamos bien.

El motor zumbaba suavemente, petardeando un poco de vez en cuando. Se detuvieron dos veces para recoger a otros peatones. Varias veces se desviaron por zonas acordonadas que se hallaban como protección de bombas de relojería y calles llenas de escombros.

Cary se relajó, pensativo, sin apenas oír la conversación de los otros tres en el coche. Recordaba las palabras masculladas que habían salido del rostro vendado, los labios hinchados que apenas se movían.

—Era von Rausnig. Le di a uno de sus señuelos, pero me acribilló...

No le había preguntado a Reggie por qué no se había lanzado en paracaídas. Debía de haber una razón. Probablemente había intentado evitar un accidente. Probablemente había intentado salvar lo que quedaba de su avión.

¡Así que había sido von Rausnig!

—Deberían empezar a llegar dentro de un par de horas —dijo el conductor.

—¿Quiénes? —preguntó Cary.

—Los alemanes.

—Oh, sí —convino Cary—. Sin duda lo harán.

El conductor le dejó en su campo unos minutos más tarde. Sus compañeros de vuelo habían comido cuando Cary entró, y estaban reunidos en el bar. Le saludaron a gritos.

—¡Vamos, Cary! Tómate uno doble. Parece que será otra noche divertida.

—Habrá luna —dijo el joven Harvey.

—¿Me pregunto si von Rausnig saldrá esta noche? —preguntó Derek.

Se oyeron sonidos de disgusto.

—¡Von Rausnig, el sucio cobarde! Siempre vuela con dos hombres detrás para que no puedas alcanzarle.

—Condecorado por el propio Hitler —se mofó Harvey—. ¿Por qué?

—Miren, muchachos —declaró Cary—. Von Rausnig es un buen piloto. Conoce su oficio. No se arriesga como ustedes. Siempre va a lo seguro. No hace locuras heroicas.

Le abuchearon de buena gana y el cabo de comedor le acercó un coñac doble a la barra. Cary lo cogió y bebió, con la mente dándole vueltas.

Von Rausnig, con veintitrés aviones en su haber, el único aviador nazi que llevaba marcas distintivas en su avión. Un luchador frío y calculador, un líder de escuadrón. Ciertamente, siempre le seguían otros dos pilotos, pero eso era lo inteligente. Era inútil arriesgarse.

Después de todo, no importaba lo que dijeran los periódicos, los escritores o cualquier otra persona, esta Batalla por Gran Bretaña no era una guerra medieval, ni una justa de caballeros. Era una lucha fría, deliberada, sin cuartel, sin pedir ni dar cuartel.

Von Rausnig, con veintitrés aviones en su haber; no, veinticuatro ahora. Porque había sido él el nazi quien había derribado a Reggie...

JUNTO a Cary había un camarero.

—Disculpe, señor, pero la cena se está enfriando.

Cary se enfadó.

—Tírala por la ventana.

Empujó el vaso vacío por la barra.

—Otro doble —ordenó.

Vio que le miraban por un momento, y luego sus miradas se apartaron.

—¿No crees que deberías picar algo? —sugirió Derek en voz baja.

—Sé lo que quiero —gruñó Cary—. No quiero cenar. Quiero otro trago.

—Tranquilo, viejo —instó Derek.

—Derek —replicó Cary—, si vuelves a decirme eso, te doy un tortazo.

Tomó la copa de brandy y el licor salpicó la barra.

—Llevo meses tomándomelo con calma —dijo, sin darse cuenta de que estaba casi gritando—. Me lo tomé con calma en Francia y en Dunkerque. Me lo tomé con calma en Dover y entre aquí y la costa, cuando luchamos contra los alemanes desde Londres. Me lo tomé con calma cuando vinieron y nos volaron las tripas aquí. Y todavía me lo estoy tomando con calma.

Se dio cuenta de que se había hecho el silencio en la sala, un silencio incómodo. Vio sus caras, todas sus caras, inquietas y un poco avergonzadas, mirándole fijamente.

—Caballeros —dijo—, no quiero que ni uno solo de ustedes sienta lástima por mí.

Se bebió el brandy y, girando sobre sus talones, se dirigió a su habitación.

Los demás le miraron en un profundo silencio.

La oscuridad se cernía sobre la ciudad al otro lado de las ventanas cuando el altavoz del escuadrón emitió las primeras órdenes de la noche.

—¡Vuelo Rojo, todos fuera! Vuelo Rojo, ¡todos fuera! ¡Pilotos de la Patrulla Roja! Vuelo Verde, ¡preparados! Vuelo Verde, ¡preparados!

Cary se levantó de su litera y se apresuró a entrar en el comedor. La Patrulla Verde era la suya.

Los tres miembros de la Patrulla Roja ya estaban saliendo por la puerta hacia la sala de reuniones. Harvey y Derek se estaban poniendo el traje de vuelo.

—Los Jerry empiezan temprano —sonrió Derek.

Cary gruñó, se sentó en una caja de bombas vacía y empezó a ponerse el traje. Fuera,

en la zona de estacionamiento, oyó el estruendo de los Spitfires. Y a lo lejos, en algún lugar del East End londinense, oyó el primer golpeteo de las Ack-Acks.

El altavoz retumbaba y sonaba.

—¡Vuelo Verde, todos fuera! Vuelo Verde, ¡todos fuera!

Los Spitfires de la Patrulla Roja ya estaban atravesando la noche al despegar.

—Vamos, caballeros —espetó Cary y se dirigió a la sala de reuniones.

Detrás de la mesa estaba sentado el jefe de escuadrilla, con los tres anillos bordados en oro en la manga que brillaban débilmente a la luz de la lámpara.

—¿Cómo te encuentras, Cary? —preguntó.

—Me encuentro bien —gruñó Cary y salió.

LOS TRES Spitfires de la Patrulla Verde esperaban, agitados como grandes sabuesos sujetos con correa. Los tubos de escape ardían suavemente, arrojando un tenue resplandor sobre el suelo.

El oficial de comunicaciones puso unos papeles en la mano de Cary, gritando para hacerse oír por encima del estruendo de los Merlins.

—Vienen en oleadas por el lado del río —resumió—. Vuelan alto. Probablemente apagarán sus motores y se deslizarán. Estén atentos.

Cary asintió.

Dentro del avión, colocó la tapa de la escotilla en su sitio y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Preparado, Derek? —preguntó por el micrófono.

—Listo —respondió Derek, con la voz cargada de la aguda tensión que Cary había oído tantas veces en boca de tantos otros hombres. De O'Malley, Smythe y Chittenden. Y también de Reggie.

—¿Listo, Harvey?

Harvey estaba listo.

Un haz de luz cayó sobre el campo, iluminando la pista. La luz de la señal parpadeó,

dando permiso para el despegue. Carey empujó hacia arriba la palanca del acelerador y el Spitfire avanzó. Ganando velocidad, los tres cazas se lanzaron atronadoramente por el césped, internándose en la oscuridad.

Carey condujo casi instintivamente hacia el estrecho espacio entre los cables oscilantes de los globos de barrera.

—Manténganse cerca —advirtió por radio—. Ten cuidado de no quedar atrapado entre las cuerdas de los globos.

—Estamos justo detrás de ti —dijo Harvey bruscamente.

Un débil resplandor en el este indicaba la salida de la luna. Una luna de caza nazi.

Cary enseñó los dientes y aceleró a fondo. El Merlin habló, habló con todos sus miles de caballos atronadores.

El altímetro de Cary indicaba que habían atravesado el estrecho, por encima de los globos. Echó un vistazo al mapa que llevaba atado al muslo y habló por el micrófono, pidiendo una zona. El cuerpo de observadores se la dio.

Dio instrucciones a Harvey y Derek y giró en arco hacia Limehouse. Los cañones de los terraplenes del Támesis ladraban y la negrura del cielo estaba marcada por los relámpagos de los proyectiles Ack-Ack.

Desde muy lejos llegaba el retumbar de las bombas al explotar. Los auriculares del casco de Cary le ladraban órdenes rápidas y concisas.

El Spitfire era un pequeño charco de luz e instrumentos en una oscura inmensidad. Muy por debajo, Londres estaba a oscuras, pero se veían destellos de luz aquí y allá. Los cañones seguían tosiendo y continuaba el retumbar de las bombas. Un relámpago artificial iluminaba el cielo. Los reflectores se elevaban, se entrecruzaban, se centraban y se mantenían.

Bajo la mano de Cary, el avión surcaba la noche.

Entonces los vio. Tres, cuatro, cinco formas oscuras divisadas por las luces. Lanzó un grito por el micrófono y Derek y Harvey le respondieron con otro.

El Spitfire era ahora una cosa de tremenda potencia que se lanzaba sobre aquellas formas negras que las luces divisaban. Surgieron más luces y rodearon a los invasores, deslizándose sobre ellos, manteniéndolos señalados.

Cary quitó el seguro y mantuvo el dedo sobre el botón del arma en la palanca. Había

ocho ametralladoras en las alas, ocho Brownings mortíferas esperando la señal.

Uno de los Dornier asomaba en la luz punzante, con el morro apuntando hacia arriba, buscando altitud. Cary dirigió el Spitfire hacia él y apretó el botón. Vio sus trazadoras parpadear y salpicar a lo largo de un ala. Entonces el Dornier desapareció dejando atrás al Spitfire. Cary hizo girar el avión en un ascenso brusco e hizo un looping.

LA LUZ de la luna llenaba la cabina y proyectaba sombras danzantes sobre la tapa de la escotilla. Al este, Cary pudo ver el orbe dorado que se deslizaba sobre el canal. Detrás de él, un Dornier ardía en llamas, retorciéndose en una muerte ardiente.

El resto de los nazis habían desaparecido.

Atravesando la noche en algún lugar, en dirección a la costa francesa. Cary miró a través del cristal, tratando de distinguirlos. Pero no se les veía por ninguna parte.

La rabia ciega y la humillación sacudieron a Cary. Debería haber dejado frío aquel Dornier y, sin embargo, lo único que había hecho era salpicar un ala. Las luces se lo habían dispuesto y había fallado.

—¡Cary! ¡Vuelo Verde! ¡Cary! —decían los auriculares.

—Aquí —dijo Cary—. ¿Quién le dio a ese avión?

—Derek lo hizo —dijo Harvey.

Por el rabillo del ojo captó el repentino destello plateado de la hélice que se le acercaba desde arriba. Instintivamente se zambulló en picado y giró, y luego aceleró el Spitfire para ascender. Aquí, muy por encima de la ciudad, el aire estaba lleno de luz de luna, tan blanca que parecía tener una esencia material.

Cary giró su nave y vio el Messerschmitt que subía hacia él. Con los dientes apretados, descendió en picado, maniobrando hacia un punto de ataque. El nazi se dejó caer y huyó, Cary tras él.

El Spitfire se estremeció ante el repentino impacto. El Merlin tartamudeó, y el panel de instrumentos se convirtió de golpe en un destrozo. Instintivamente, Cary dio un volantazo, el motor tartamudeante chillando de dolor.

Con la mirada fija en los diales destrozados, el teniente de vuelo Kermit Cary supo que había caído en un truco que debería haber reconocido. El primer Messerschmitt, después de fallarle, ni siquiera había intentado luchar, había dado media vuelta y huido, llamando su atención mientras otro nazi, desde arriba, se había lanzado en picado y se había pegado a su cola.



Luchar a la luz de la luna es complicado en las mejores condiciones. Pero, se dijo Cary, debería haberse fijado en aquel segundo avión, no debería haber caído en la trampa.

El Merlin seguía tartamudeando. Cuando Cary intentó levantar el morro del Spitfire, éste no respondió adecuadamente, provocando que el alma del piloto se le fuera a los talones. Al levantar rápidamente la cabeza, vio un Messerschmitt por encima de él y ligeramente detrás de él, nivelándose para otro ataque.

Con el terror apretándole la garganta, Cary llevó el avión casi en línea recta hacia abajo y apretó el acelerador al máximo. Con el motor fallando, sabía el riesgo que corría; sabía que podría ser incapaz de sacarlo de la picada. Pero era una forma, la más rápida, de librarse del atacante. Una vez que se sumergiera en la oscuridad no tocada por la luna, él y su avión averiado serían difíciles de encontrar.

Pero la consideración de este posible peligro se vio truncada por la abrupta presencia de otro mayor.

Una llama salió de debajo del capó del motor. Primero un pequeño parpadeo, luego una cegadora sábana que se extendió sobre la tapa de la escotilla, enroscándose y llameando en la pintura.

Con una fuerza casi sobrehumana, Cary luchó por sacar al Spitfire del picado y proteger la cabina de los disparos. Bajo sus frenéticos esfuerzos, el avión se niveló ligeramente. Con una mano aún sujetando el mando, empujó hacia atrás la tapa de la escotilla con la otra y soltó el cinturón de seguridad.

El viento le azotaba con furia. El aliento ardiente de las llamas se dirigió hacia él mientras se agachaba durante una fracción de segundo, preparado para el salto.

Entonces Cary saltó, muy lejos, para librarse del avión que caía.

SALIÓ de la luz de la luna y se sumergió en la oscuridad. Debajo de él oyó el grito quejumbroso del Spitfire en barrena, lo vio estallar en una llamarada, ahora solo un enjambre ardiente de escombros caía rápidamente hacia el suelo.

Tiró de la cuerda. Las correas del paracaídas le sacudieron cuando se tensaron, y Cary se balanceó en arcos ondulantes. Luego descendió, solo en la oscuridad de la noche.

Los Ack-Acks guardaron silencio por el momento. El estallido de las bombas había desaparecido. Pero él sabía que sólo era un respiro. Los alemanes volverían. Una luna como la que asomaba por el canal no podía desperdiciarse. Más tarde en la noche, la luz de la luna revelaría cada tejado, cada chimenea de Londres.

El Spitfire ya no estaba, se había estrellado contra la tierra hacía unos minutos, una ruina hundida.

Cary se estremeció al darse cuenta de lo reñida que había estado su escapada. No había sido la primera vez que el aliento de la muerte había soplado junto a él. Una vez sobre Dunkerque, una vez en Dover... y otras veces. Pero cada vez que había pasado, cada vez que había soplado, se había preguntado cuánto tiempo más podría esquivar su furia.

Parecía extraño. Extraño que él, Kermit Cary, siguiera vivo cuando todos los demás habían muerto. Ni las esquirlas de los proyectiles, ni las balas, ni los cañones aéreos habían logrado escribir su final. Parecía indecente que siguiera viviendo...

En su mente veía ahora a aquellos otros. O'Malley, que había embestido deliberadamente a un bombardero nazi cuando su nave había estallado en llamas, y se había llevado a los alemanes a tierra con él. Chittenden, que había llevado una media de seda en lugar de un pañuelo alrededor de la garganta. Welsh, que conocía todas las últimas historias sobre Hitler, Goebbels y Goering.

Y Reggie... Reggie, que ahora yacía en un hospital, con la cabeza hecha una bola blanca, las manos enormes y torpes guantes de boxeo.

Cary cerró los ojos para dejar de verlos. Porque tenía que dejar de verlos, tenía que dejar de pensar en ellos. Estaba fallando. Lo sabía. Y algunos de los otros también lo sabían. O al menos lo sospechaban.

Debería haber destruido ese Dornier. Pero no lo hizo. No debería haber caído en la trampa del Messerschmitt. Pero lo hizo.

Estaba con los nervios de punta. Su licor caía sobre la barra cada vez que levantaba el vaso. Y era brusco con los otros hombres. Ese arrebató de esta noche, por ejemplo. Quizá lo achacaran a que era americano. Los buenos ingleses no hacían esas cosas.

Sin embargo, cerrar los ojos no sirvió de nada. Los viejos ojos seguían allí. Welsh, riéndose de sus propios chistes; O'Malley, aferrando su copa de coñac con ambas manos; Chittenden riendo, con una estúpida media de seda alrededor del cuello, revoloteando en el chorro de aire de la hélice.

DEREK y Harvey descansaban en el comedor. El alba gris teñía las paredes, desplegando sus alas sobre un Londres maltrecho y humeante. Fuera llegaba el último de los Spitfires de la Patrulla Amarilla.

Contaron audiblemente a medida que las naves descendían. Uno. Dos: no había tres.

Los dos aviadores se miraron, aún esperando el tercero. Pero no llegó.

—Teníamos una luna brillante—, dijo Derek con cansancio.

Harvey no dijo nada. Al cabo de un momento, Derek bajó la voz.

—¿Estás seguro de lo de Cary? ¿Seguro que no se tiró en paracaídas?

—No lo vi —respondió Harvey—. Pero a la luz de la luna, ya sabes. Uno no puede ver muy bien.

Derek asintió.

—Su Spitfire explotó. No encontraron rastros de él.

—Casi lo logra —dijo Harvey—. Le dio de lleno al Dornier.

—Le dio en las alas.

—Las alas no cuentan —dijo Harvey, con amargura.

Unos pasos pesados cruzaron la sala de reuniones.

—¡Cary! —gritó el jefe del escuadrón.

No hubo respuesta y los pasos siguieron avanzando. Cary se tambaleó en la puerta, con el paracaídas bajo el brazo.

—Buenos días, caballeros —dijo—. Supongo que han estado organizando un funeral. Prematuro, diría yo.

—Eso es injusto, Cary —espetó Derek.

Cary ignoró la protesta.

—¿Cuántas veces has despegado hoy? —preguntó en su lugar.

—Cinco veces —le dijo Harvey.

—Ha sido la peor noche hasta ahora —dijo Derek, en tono apaciguador.

—¿Quién voló contigo?

—Saunders.

Cary dejó el paracaídas sobre la barra.

—Bueno, Saunders no está volando contigo ahora. Ahora yo estoy volando contigo. Recorrí toda la ciudad de Londres, mientras llovían las bombas, para poder hacerlo. Incluso me traje el paracaídas.

—Claro, claro que vuelas con nosotros —le aseguró Harvey rápidamente—. No queremos volar con nadie más.

—Sabes que me perdí el Dornier —dijo Cary sombríamente—. Sabes que los Messerschmitts me tomaron el pelo. ¿Estás seguro de que aún así lo quieres?

—Por favor —evadió Derek—, deja de hacerte el tonto, tío. Todo el mundo tiene sus noches malas.

Sonó el altavoz.

—¡Vuelo Verde, fuera! Vuelo Verde, ¡fuera!

—Somos nosotros —espetó Cary—. Sólo déjenme buscar otro paracaídas.

—¡Dios mío, esperan que volvamos a subir!

—Claro, esperan que subamos otra vez —Cary giró sobre Harvey—. ¿No has oído que nos faltan pilotos y aviones?

Harvey asintió con firmeza y se dirigió hacia la puerta. El jefe de escuadrón detuvo a Cary.

—¿No crees que sería mejor...?

—¿Mejor dejar que Saunders los guíe? —dijo Cary con amargura—. Cree que yo...

—Es su vuelo, señor —dijo una voz. Era Saunders, de pie junto al escritorio.

—Si cree que está bien —dijo el jefe de escuadrón inseguro.

—Gracias, Saunders —dijo Cary.

En el exterior, los aviones se apiñaban bajo la luz nacarada del día que se acercaba rápidamente, con sus Rolls-Royce Merlin revolucionados.

—Hoy quieren acabar con nosotros —le gritó el oficial de comunicaciones a Cary,

entregándole los papeles—. No aflojan en absoluto. Saben que aún nos faltan hombres. Creen que nos agotarán.

—¿Dónde están? —gritó Cary.

—Vienen por el estuario del Támesis. Los muchachos de la costa volaron para encontrarse con ellos, pero el enemigo logró abrirse paso.

A Cary le dolían las piernas mientras subía a la cabina. La larga marcha a través de la ciudad, dando rodeos calle tras calle donde las bombas habían destrozado los edificios, agazapado en los portales mientras llovían explosivos, le había pasado factura. Y tenía hambre. Necesitaba beber y fumar, pero no había tiempo para nada de eso. Los nazis venían desde río arriba. Alguien tenía que detenerlos. O al menos intentarlo.

LOS SPITFIRES salieron del césped y saltaron al aire. A la luz del día, cuando uno podía ver lo que se hacía, era bastante fácil pasar entre los globos.

Despegaron hacia el cielo cada vez más brillante. Una vez por encima de los globos, se enderezaron hacia el sudeste. Desde otros puntos se elevaban otros aviones, veloces defensores que salían al encuentro del invasor.

Cary habló brevemente por su micrófono de solapa y los otros dos le aseguraron que todo iba bien. Debajo de ellos, la ciudad seguía humeando. Algunos fuegos ardían todavía enrojecidos, y un manto gris se cernía pesadamente sobre ciertos sectores donde las bombas habían llovido con mayor intensidad.

Fue Derek, no Cary, quien divisó primero a los nazis, una masa de puntos negros perfilados contra el limón y el blanco del cielo matutino. Su Spitfire rugió salvajemente en ascenso.

Cary observó de cerca a los nazis, satisfecho por la altitud que su vuelo había ganado sobre ellos. La ola no era tan grande como otras que había visto. Probablemente los chicos de la costa la habían reducido.

A través del cielo otros Spitfires incendiaban el aire. Varios aviones venían del sur y otros del norte.

Cary dio instrucciones a través del micrófono y de repente se deslizó por el cielo, con su avión como un rayo plateado de venganza. Detrás de él venían los otros dos.

La formación de cazas bajo ellos se rompió y se dispersó en todas direcciones, pero Cary había marcado un avión. Implacablemente, se abalanzó sobre él. Junto con otros dos, trató frenéticamente de esquivarlo.

El seguro estaba levantado y el dedo de Cary se cernía sobre el botón. Sin comprobar su trayectoria, apretó el mecanismo de disparo y las ocho Brownings lanzaron chorros de odio contra el Messerschmitt.

Debajo de él, el nazi prácticamente estalló en el aire, volando en pedazos, destrozado por las balas. Durante un instante pareció estremecerse y luego estalló en llamas.

Rugiendo entre los escombros ardientes y humeantes, Cary luchó para que su nave saliera de su picado y tomó altura. Pero mientras lo hacía, vio algo que le arrancó un grito de ira de sus labios.

Una de las dos naves restantes del grupo de tres que había atacado llevaba la cabeza de la muerte de color rojo fuego: ¡la insignia personal del temido as nazi von Rausnig!

Los pensamientos gritaron en el cerebro de Cary. ¡Von Rausnig! El hombre que había enviado a Reggie a la ruina. El hombre que había convertido la cabeza de Reggie en una bola de vendas. El hombre que le había robado a Reggie la vista, la cara y las manos.

El odio negro se apretó en su garganta, la amargura se derramó en su boca. Uno de los defensores de von Rausnig había desaparecido. Quizás...

Cary azotó el Spitfire en el aire con un propósito implacable, hasta que el avión gimió y protestó por la maniobra. Otro Messerschmitt pasó chirriando a su lado. Incluso por encima del rugido de los motores, Cary podía oír el golpeteo de muchas ametralladoras mientras la Luftwaffe y la R.A.F. luchaban en el cielo.

Von Rausnig estaba subiendo ahora. Cary subió con él. Pero a través de su odio hacia el hombre que montaba el avión de la cabeza de la muerte sonaba una advertencia, un recuerdo de lo que había ocurrido la noche anterior.

Echando un vistazo por encima de su hombro, Cary vio a un Jerry lanzándose hacia él. Hizo girar el Spitfire y volvió a subir. El Messerschmitt, sin duda el segundo del vuelo de von Rausnig, pasó en picado y se perdió en la batalla que se libraba abajo.

PERO LA MANIOBRA había hecho perder a Cary una altura preciosa. El avión de Von Rausnig estaba nivelando ahora, dando vueltas para posicionarse.

Entonces el nazi se le echó encima. Cary vio salir humo de las ametralladoras, sintió la tormenta de balas golpear el Spitfire. Pero no había instrumentos destrozados, ni tartamudeo en el motor. La explosión había agujereado su ala izquierda. Desde donde estaba sentado, Cary podía ver los agujeros nítidamente perforados que había hecho el fuego de la metralla.

La nave de Von Rausnig pasó por debajo de él y se elevó en picado. No había espacio ni tiempo para atacar, ya que el alemán había perdido poca altitud.

Cary sonrió tenso. Aquí había un hombre que sabía cómo volar un avión, un hombre que no pasaría por alto un desafío. Dijeran lo que dijeran de él, von Rausnig no era un cobarde.

El sonido de la batalla se escuchaba débilmente. Cary y el avión de la calavera se habían elevado muy por encima, para batirse en duelo.

Cary giró hacia el este y se elevó en espiral, observando al otro de cerca. Era como una partida de ajedrez, se dijo a sí mismo. Maniobrar, maniobrar y maniobrar. Prepararse para un golpe, un buen golpe, porque eso era todo lo que hacía falta. Una batalla por la posición, intentando preparar al oponente para el golpe de gracia.

Carey no entendió cómo von Rausnig logró esto, pero de repente el Messerschmitt corrió hacia él nuevamente, y desde atrás. Las ametralladoras crepitaron. El Spitfire se estremeció cuando las balas se estrellaron contra su cola y atravesaron el fuselaje. Carey se deslizó hacia un lado, perdiendo altitud pero haciendo todo lo posible para mantener alto el morro del avión.

Un suspiro de alivio escapó de su pecho cuando Carey se dio cuenta de que la máquina lo obedecía impecablemente. ¡Las balas alemanas no dañaron nada importante!

Von Rausnig pasó rugiendo y Carey apretó los dientes mientras lo seguía. Empujó el acelerador hasta el tope y corrió tras el avión nazi, sintiendo que su corazón latía desesperadamente, manteniendo el dedo en el gatillo.

Finalmente se colocó en una posición adecuada para disparar, pero la distancia era demasiado grande. Si nada funciona ahora, von Rausnig saldrá de su picada y perdería la oportunidad.

El Merlin aulló con diabólico regocijo mientras lanzaba el Spitfire sobre el Nazi. El viento aullaba y silbaba penetrantemente a lo largo del avión aerodinámico.

Cary sintió que la oscuridad se deslizaba sobre él. Aspiró y tensó los músculos del estómago. No podía perder el conocimiento ahora. Tenía que aferrarse a la conciencia unos segundos más hasta que estuviera lo bastante cerca.

La nave nazi crecía ante sus ojos, pero no lo suficiente...

En medio de aquel viento salvaje, a Cary le pareció oír una risita, como solía reírse Welsh de sus chistes sobre Hitler. El chillido del aire hendido ya no era un chillido. Era la risa sana de un hombre que llevaba una media por bufanda.

Carey pensó que la cabina sonaba una voz con un acento irlandés familiar.

—¡Tened fe en vosotros mismos y todo saldrá bien, yanquis! Si lo quieres, es tuyo. Baja la nariz un poco más abajo, y luego habrá suficiente velocidad...

Naturalmente, en realidad no escuchó las palabras de O'Malley. Solo algo que resonaba en un cerebro nublado...

Las cosas se estaban volviendo borrosas y difusas, pero la nave nazi era más grande ahora y estaba directamente delante.

—Ahora es el momento, muchacho —dijo la voz tranquila de O'Malley, y Cary apretó el botón de disparo y lo mantuvo ahí.

LA OSCURIDAD se alzó para sofocarlo, pero él luchó contra ella, manteniendo el dedo apretado, recordando una cabeza que era una bola de vendas, recordando aviones en llamas sobre Dunkerque y sobre Dover.

—¡Eso es por O'Malley! —chillaba en su mente—. Y eso es por Chittenden y eso es por Reggie, especialmente por Reggie...

Oyó débilmente, como desde muy lejos, el gruñido de las Brownings, el martilleo de sus ladridos. Y de repente, donde había habido un Messerschmitt, hubo una oleada de fuego.

Sólo entonces soltó Cary el botón y tiró hacia atrás del mando.

Se desmayó, pero no por mucho tiempo. Cuando recuperó la conciencia, el Spitfire se elevó hacia el cielo y la batalla se fue a algún lugar lejano.

Muy por debajo, una columna oscilante de humo negro llegaba al suelo. Carey agitó una mano debilitada hacia él.

El rugido del viento había desaparecido, al igual que la risa y la carcajada de Welsh. Pero habían estado allí y también la voz en su oído, la vieja y familiar voz de O'Malley, que había muerto hacía ya muchos días.

Kermit Cary se rio de sí mismo un poco inseguro. Qué ideas más raras se le ocurren a uno a veces, pensó. ¿O eran ideas raras?

Frunció un poco el ceño mientras ponía rumbo a casa.

—Gracias, amigos —le dijo a nadie en particular.



Pero en el fondo sabía con quién estaba hablando. Con aquellos que emergieron de amargos recuerdos para correr con él por el cielo ardiente.

De repente, se dio cuenta con toda claridad que nunca más volvería a reflexionar por la noche sobre por qué él estaba vivo y ellos no. Y nunca más intentará olvidar a estos pilotos y lo que les sucedió.

No todos los pilotos tienen a alguien que pueda acudir al rescate cuando un piloto lo necesita desesperadamente.